

IDA Y VUELTA

Don Celedonio cenó muy fuerte aquella noche. Horas antes, había dejado en la calle del Baño una prenda muy querida, una reliquia, docena y media de finísimos pañuelos de Manila, con su nombre bordado en letras de colores vivos. Él lo pensó y discutió mucho, pero no había modo de salvar la reliquia. Carmen, su bella Carmen, su hija única, debía ir á la playa de San Sebastián. No era posible eludir el compromiso. Á San Sebastián habían ido las de Roque y las de Pérez, y á San Sebastián irían las de Suárez. La hija de don Celedonio no podía ser menos.

Durante seis veranos pudo salir airoso de la empresa. Pero la canícula del 82 le sorprendió en todos los horrores de la cesantía.

— ¡Ah! exclamaba él, eso no me hubiese pasado en vida de mi mujer, de mi buena Petra...

Esos pícaros de ministros quisieron más de una vez dejarme cesante; pero ella, mi Petra, que Dios tenga en su santa gloria (y señalaba el techo de la boardilla) tenía tanta influencia con mi amigo el senador, que el gobierno no se salió con la suya.

Cuando don Celedonio salió de la calle del Baño, luego de haber conseguido veinte duros, estaba muy acongojado. Recordaba á la virtuosa Petra... Para él era artículo de fe que desde allá, del cielo, del techo de la boardilla, adonde la llevaran sus muchas virtudes, la Petra le miraba con enojo y le decía á grito hendido: « ¡Celedonio, Celedonio, no empeñes esos pañuelos! » Porque él era supersticioso hasta dejarlo de sobra, y á mayor abundamiento, adoraba en su Petra. Siempre que penetraba en la abandonada alcoba nupcial, que él bautizó con el nombre de *santuario*, decía tristemente: « Aquí huele á mi Petra... » Y aquel tufillo se le subía á la nariz y le hacía bailar los ojos...

Una ración de arroz á la valenciana y una botella de Valdepeñas disiparon sus escrúpulos.

— Después de todo, pensó, las chinches no me dejan vivir... las chinches, que de fijo están subvencionadas por la sociedad protectora.

Con los veinte duros y lo que había en la casa

tenía para los gastos de verano. ¡Oh! él había echado bien sus cuentas.

	Reales.
Dos billetes de ida y vuelta en reservado de tercera clase.	280
Dos cafés á la ida en Miranda de Ebro.	6
Ídem á la vuelta en Ávila.	6
Habitación para dos personas en San Martín durante quin- ce días.	60
Manutención para íd. íd. íd.	120
Caseta y bañero.	60
Un café diario y dos sillas del <i>boulevard</i>	60
Propina á los criados.	4
Extraordinarios.	8
TOTAL.	604

Al día siguiente, don Celedonio, acompañado de su hija, dejaba su barrio de Chamberí, camino de la estación. Salió á pie á las cuatro de la mañana para llegar á tiempo de tomar el tren de las siete.

Apenas llevaba á la mano algunos chismes: dos maletas, un saco de noche, una colcha, un botijo, la cesta con la merienda, un quitasol, unas zapatillas... Parecía una quincalla ambulante.

Cuando llegó á la estación, sudaba tinta y tenía grandes ampollas en las manos. Carmen, más fresca que la lechuga, cuando está fresca, volvía frecuentemente la cabeza para ver á su novio, un poeta que la llamaba *Laura* y fumaba cigarrillos en el ministerio de la gobernación.

Y aquí empezaba la excursión veraniega.

Lo primero que hacía don Celedonio al entrar en el coche era colocarse de cara al sol para dejar la sombra á su buena hija; ella era muy blanca, y los rayos del astro podían producirle pecas. Después colgaba el botijo, poníase las zapatillas y hacía el acostumbrado chiste:

— ¡Á ver si arrean á esas mulas!

Si soplabá el aire de Guadarrama, don Celedonio desdoblaba la colcha para abrigar á Carmen, mientras él, á cuerpo gentil, desafiaba los elementos. Si el tren se detenía horas en alguna estación, don Celedonio corría á la cantina y compraba una sandía, ó bien, por encargo de su hija, íbase al campo á coger tomillo y saltamontes.

Entre tanto, Carmen, la bella Carmen, miraba voluptuosamente al compañero más próximo, y se le iba un color y se le venía otro, cuál rojo, cuál pálido...

Y así recorrían el camino padre é hija, entre sudores y fríos, entre olores de sandía y olores mefíticos, hasta que el tren, rechinando como carreta desvencijada, llegaba á San Sebastián.

— ¡Oh, cómo van á rabiarse las de Suárez, y las de Roque, y las de Pérez! decía la Carmen.

La vida de don Celedonio en San Sebastián no es para descrita.

Á las siete de la mañana, acudía al mercado, y á las nueve acompañaba al baño á su bella Carmen. Él mismo pedía la caseta y registrábala minuciosamente. Si uno de los compartimientos estaba ocupado, don Celedonio se cercioraba de que no había allí ningún caballero... « Estas chicas, pensaba él, están que arden con este calor... »

Mientras duraba el baño de Carmen, no le quitaba ojo de encima, y si veía que algún bañista quería enseñarle á nadar, él agitaba su pañuelo en señal de parlamento.

— Mira, Carmen, le decía en su casa, ese joven es capaz de cualquier cosa, aun estando en el agua...

Al salir ella del baño, faltábale tiempo á su papá para cubrirla con la capa de hule.

De vuelta á San Martín, se disponía á aderezar el almuerzo. ¡ Daba gusto verle friendo sardinas ! Á las dos de la tarde, su hija dormía una buena siesta, y él espantaba las moscas agitando unos zorros.

Tal era la vida de aquel hombre honrado que, habiendo nacido para creer, creía en todo, ¡ hasta en la virtud de su *difunta* ! Él no se bañaba, no comprendía la utilidad de los baños. Por dentro estaba como un calamar rebozado con huevo.

Cuando, magullado y sin un cuarto, entraba

en su casa de Chamberí, se afligía muchísimo. Su polvorienta habitación era por lo desordenada un *Rastro* aboardillado, y en el cuarto volaban esparcidas por el aire muchedumbres de chinches. amarillentas, secas, con cara de hambre y en actitud de *disidentes*...

Sin embargo, todo lo echaba á barato, porque la Carmen le decía :

— Pero, papá, ¡ cómo han rabiado las de Suárez, y las de Pérez, y las de Roque !

LA MONTES

Lector, ¿quiere usted dar una vuelta por Londres? ¡Buen pueblo de pesca, amigo mío!

Usted será partidario de viajar vertiginosamente, ¿es verdad? Entendido. Hará usted el viaje por el teléfono; yo soy así. Póngase usted el aparato... ¡Ajajá!... ¿Lo ve usted? Ya está usted en Londres, y, muy estirado de frac, se dispone á comer en *Criterion* (¡qué más quisiera usted!), En una mesita próxima á la suya come también un inglés, muy joven y seductor, que se cae á pedazos de puro aburrido.

Él y usted salen juntos, y usted, sin darse cuenta de ello, le sigue los pasos, y de buenas á primeras se encuentran ustedes en Regent Street... El inglés marcha rápidamente hacia Waterloo Place... pero no tanto que le impida mirar á hurtadillas la doble hilera de rubias cabecitas

que ádornan la calle. Es un mar de mujeres bonitas y frías como estatuas de Venus, mar brumoso y sombrío sobre el cual flota un bosque de paraguas de seda. Al inglés se le escapa un bostezo-beso de amor evaporado por la bruma londinense; se mete en un *cab* que no corre, sino vuela; atraviesa las umbrosas alamedas de Hyde Park, por las que vió correr á *wilis* y *gnomos* la calenturienta fantasía del poeta; dirige una mirada de profunda simpatía á la estatua de Byron, como si quisiera expresarle que está conforme con que á Childe Harold le parecieran las españolas más sabrosas que las inglesas, y, llegando á su casa entre bostezo y bostezo, se reclina en una *chaise longue* de terciopelo rojo.

Del montón de periódicos coge distraidamente uno que está, al parecer, escrito en castellano. Lord se fija luego en una crónica. Uno de nuestros primeros revisteros publica un artículo descriptivo del estreno de una pieza titulada *La Calandria* y festeja con colgaduras de pluma las gracias de la *cantaora*, á propósito de la cual dice que « tiene de azabache los ojos, de coral la boca, de rubí el color, y que son sus dientes sarta de perlas de gran tamaño ». Á lord no le importa mayor cosa esa literatura de piedras preciosas. Pero le importa muchísimo *La Calandria*.

Sí, allá, pasando las brumas del Canal, hay calandrias alegres, decidoras, bulliciosas, ebrias de amor, que tienen temperamento sensual de mulata y espíritu soñador de mora; calandrias de ojos pérfidos como la toma de Gibraltar y brillantes como luciérnagas de Cuba... ¡Oh, fantasía deleitosa!... Al otro lado del mar de cabezitas rubias y heladas, alza la imaginación del lord un chispeante tablado, en el cual ruedan botellas de manzanilla, piecitos de manola, chasquidos de guitarrista y acentos quejumbrosos de calandrias sin hiel...

El tablado es más fuerte que el inglés. Lord hace su maleta, y, viajando por el teléfono, llega á Madrid aquella misma noche. Todavía está á tiempo de asistir á la última función de Eslava. Echan *La Calandria*. ¡No faltaba más sino que se la perdiera el lord! Allí le tiene usted, allí; mírele usted, en palco proscenio, con la boca abierta y un cristal en el ojo.

¡Se la come con la vista! ¿Qué á quién? Pues á ella, á la hurí, á la mora, á la mulata, á la calandria, en fin. Arrebujada en magnífico mantón de Manila, con las manos puestas en jarras, el pecho anhelante como si le saliera el corazón por la boca, y con ésta entreabierta para dejar paso franco al cante, está la calandria, insinuante,

provocativa, insultante de hermosura, acurrucándose y estirándose con marrullerías de gata, y descubriendo á las veces una punta del pie aprisionado en primoroso zapatito...

Piensa el lord que aquel pie no es tan pequeño ni tan delicado como él imaginó; pero, en fin, él se fija poco en los detalles, y abarcando con su poderoso cristal aquel conjunto de carne flexible y vibrante, cuyas ondulaciones semejan piel de serpiente anillosa, abrazo de hembra que atrae amorosamente al macho y le rechaza luego estrujado y moribundo, lamenta que no se la pueda tomar como tomaron á Gibraltar sus compatriotas...

Al día siguiente, lord compra todas las localidades del teatro. Como buen inglés, es egoísta, y no quiere compartir con nadie el gusto de ver á la calandria.

Pero ¡oh desencanto! la calandria no sale. La calandria trabaja en una pieza que no tiene cante. La chula se ha transformado en señorita, y en tal estrecho la señorita resulta *imposible*. No sabe qué hacer con las manos (el lord se las estrecharía respetuosamente, y con mil amores); está cohibida, prisionera en la falda como maniquí de modista ó cual si llevara atadas las piernas.

El sombrero se le cae de la cabeza, y el abani-

co parece en sus manos un zorro de sacudir el polvo. Diríase que es una doncella que se ha vestido el domingo para ir á los columpios de las Ventas. Su voz, quebrada, tiene las percusiones del cascajo que rueda; sus ademanes son burdísimos. ¡Al lord se le cae el cristal del ojo, y se queda bizco!

No, no es una actriz aquella señorita. Pero la mujer se impone en el corazón del lord. ¡Decididamente, se casa con ella!

Ya proyecta regalarle un castillo, que hará fabricar en plena mar, algo así como el que fabricó en Plymouth uno de sus compatriotas. Allí vivirá él solo, pero con su calandria, sin temor á gavi-lanes, porque para llegar al castillo habrá que ir á nado ó con vejigas y calabazas, ¡y el agua está muy fría en Inglaterra!

Pero hay que declararse antes de todo. Pues bien, él le declarará su atrevido pensamiento, y se lo declarará á la usanza española, es decir *pelando la pava*. ¡Por eso se ha comprado ya un jipijapa muy ancho!

Los ingleses madrugan mucho. Cinco horas cabales lleva el lord de plantón en la esquina, cuando la calandria se asoma indolentemente al balcón. Al pronto no la conoce. ¿Es posible? No, no puede ser ella. En aquel palmito no hay co-

rales; es una carne morenucha, afelpada, carne de melocotón arrancado prematuramente al árbol. El color rojo, bronceado á la luz de las candilejas del teatro, es ahora color de chocolate de Matías López. Sus ojos no son precisamente de azabache. Aquellos ojos tan vivos y brillantes se mueren de cansancio, rastreantes sobre unas ojeras profundas surcos que abrió y maceró el trabajo por el arte. Lord, muy emocionado, contempla con sorpresa en las manos de la calandria un bejugo verde y doblado á modo de arco, que tiene atravesadas unas bolas amarillas. ¡La calandria se desayuna con una docena de buñuelos!

Lord se queda pensativo ante aquella figura, que perdió de pronto su donaire y resulta figura vulgar que se despereza al levantarse, bajo un mantón de chula. Es una figura que lo pierde todo cuando no hace de *cantaora*, y lord piensa seriamente que no es posible pasarse la vida cantando flamenco en Inglaterra.

¡Si será!... ¡Si no será!... Todavía duda. Pero sí, es ella, la misma, que, fuera de las candilejas, deja ver que está cercana á la linde de esa edad ingrata desde donde se contempla con llanto en los ojos el desfile de la primavera de la vida, que, á modo de fantástica decoración, desaparece muy luego haciendo una horrible mueca

entre las sombras del invierno, sombras de muerte que van cayendo, cayendo, sobre el corazón... Aquel esplendoroso sol de la mañana, en pos del cual viajó por teléfono el lord, es un tristísimo crepúsculo del Albaicín granadino.

Lord se descubre respetuosamente como si estuviera delante de un cadáver, y, con la imperturbabilidad de Wellington en Waterloo, se da un tiro en una esquina, y cae muerto con la pava entre las manos. De allá, del balcón, cayó también una cosa que parecía una lágrima : ¡era un buñuelo!

EL CASERO TENORIO

— ¿Te acuerdas de Antón, aquel Antón mozo de cuerda, que nos hacía reír las tripas roncando como un bendito en mitad de la acera, con la felpuda gorra ladeada sobre los ojos y el amarillento cigarro apagado sobre la boca?

— ¡Antón!... ¡Antón!... ya caigo; sí, un pobre diablo que...

— El mismo... No sé si recuerdas que hablaba con la Paca, una maritornes buena moza... Pues la Paca hablaba también (y algo más) con su señorito, el cual, como era hombre entrado en años y muy poquita cosa además, se fué á tisis más pronto que la vista, no sin dejar una herencia á la Paca, que estaba de siete meses largos de talle, si consentía Antón en casarse con ella...

— ¿Y consintió?

— ¡No había de consentir, hombre! Y ahora

está ricamente, propietario de dos casitas en el barrio de la Prosperidad, chupándose la gran breva (casi nada, treinta y seis mil realitos de renta) y hecho todo un caballero, una persona decente, digna, respetable, propuesto para concejal y muy tirado de levita...

Pues, así como Antón son la mayoría de los caseros, principalmense si tienen sus propiedades en los barrios *miseros*. Cuando no es un empleadillo, que fué á Cuba por lana y se trajo el copón de Guanabacoa inclusive, es un Antón con su Paca ó su indecencia correspondiente. Natural es que caseros así, improvisados, estén como chiquillos con zapatos nuevos, pisoteando al inquilino. Por donde van resultando imposibles en Madrid los contratos de inquilinatos — y ustedes dispensen el sonsonete. — En Francia y en Inglaterra, la cosa más sencilla del mundo es poner casa. En habiendo muebles y dinero para pagar, le dan á usted, no digo pisos, manzanas enteras (de casas) sin más formalidad que soltar la « mosca ». Bien es verdad que en Madrid no nos falta imitar á los extranjeros, ¡ca!

— ¿Habla usted de la escuadra inglesa? me decía en el Ferrol un capitán de fragata. ¿Y qué nos cuenta usted de la escuadra inglesa? ¡Truenos y bombas! Á pedradas, sí señor, á pedra-

das, desde ese cerro que usted está viendo, defendemos la plaza contra todas las escuadras de Europa.

Así pues, como nada tenemos que imitar, sigue siendo España, y, lo que es peor, Madrid, el país de los imposibles. La mitad de los españoles se pasa la vida ideando obstáculos que oponer á la otra mitad.

En cuanto á los caseros, diríase que no quieren alquilar sus casas; y eso no será por desconfianza, ¡porque, mire usted que la ley de desahucio...! Bueno y santo que le pidan á usted la *Zeu-la* (como suelen decir y escribir la mayor parte de los señores caseros), que lo peor son otras cosas.

— Pues, decía usted que son ustedes siete de familia, ¿no es así? Usted, una señora y cinco niños... Y diga usted: ¿los cinco niños son de usted?

— Hombre, como ser, le diré á usted: ¡en casa han nacido!

— Y usted y la señora, ¿son matrimonio? porque no siéndolo (¡cuidadito con eso!), yo no permito que en casa...

— Creo que ya le he dicho á usted que llevo diez años de casado.

— Y diga usted: usted, ¿de qué vive?

— Pues, le diré á usted. Yo vivo de las chuletas que me como de vez en cuando.

— Y esas chuletas, ¿las tiene usted por su casa, mayormente, ó se las gana usted en alguna ofecina, *ú* qué?

— Lo que se está usted ganando es una bofetada, me parece.

— Hombre, no se solivante usted. Yo lo preguntaba, dicho sea sin ofender, porque como en Madrid hay tanto timador... *pues*.

— Eso; me ha tomado usted por uno de tantos. Está bien. Quede usted con Dios, y métase usted el cuarto por donde le coja. ¡Pues ni que fuera el palacio de Murga! Total : ¡un piso cuarto con entresuelo!

*
* *

De todos los tipos de caseros, el más notable y el que abunda más es el tipo del casero Tenorio. Ése, ése es el que tiene gracia. Vive deseando que alguna inquilina (máxime si es guapa) « se retrase », para condenarle el pago *en metálico* ó *billetes*; y, si no tiene inquilinas morosas, se vuelve loco el hombre, ideando habilidades á lo Bismarck-casero.

Á lo mejor tira del cordón de la campanilla.
¡Tilín!...

La inquilina (andaluza de buen ver, que está siempre en cueros, « por el *caló* ») asoma un ojo por el ventanillo.

— ¿Qué se le ofrecía á usted?

— Abra usted; soy el casero.

(Como si dijera : don Juan Tenorio.)

— Espérese usted una miajita, que voy á echarme algo encima... Hijo, con este *caló*, está una que echa chispas.

(*Pasan cinco minutos. Se abre la puerta.*)

Él, entrando :

— ¡Qué calor!... Pero ¡qué calor!...

— Calle usted; por Dios; ni en Sevilla se achicharran así las criaturas. Esto no es vivir... Las chinches se la comen á una... (*Pausa.*) Y... ¿á qué tengo el honor de ver á usted por casa?

— Pues... le diré á usted. Me ha dicho la portera que tiene usted *atrancao* el *excusao*.

— ¡*Josú!* ¡Qué barbaridad! ¿Quién dice usted que le ha dicho eso?... ¿la portera? Yo no soy la del atranque, que es la señora de al lado.

Él, muy amoscado :

— ¡Efectivamente! ¡Efectivamente! Me he equivocado.

(*Sale.*)

*
* *

¡Tilín!... ¡Tilín!...

— ¿Quién?

— Servidor de usted.

— ¡Ah! es usted... Pase adelante.

— ¿Cómo está usted, señora?

— Bien, gracias; ¿y usted?

— Yo, tan bueno, gracias... (Pausa.) Pues venía á ver cómo *andan* esas baldosas, que me ha dicho la portera...

— No la crea usted. Ayer, precisamente, me decía mi marido: « Pero, hija, ¡cómo están estas baldosas! Cualquiera diría que no pasan pies por ellas. »

(Pausa.)

— Y su marido, ¿eh? siempre trabajando, *el pobre*...

— ¿Qué le hemos de hacer? ¡Está todo tan caro en este Madrid!

— Verdad que sí, mucha verdad... ¿Por qué don Carlos, ya que tiene asegurados los garbanzos, no se apaña por ahí otro destinillo, por ejemplo, una tenencia de alcaldía? Lo que *tiene* es que *tendría* que salir de noche, y usted no querría estarse sola... bien que yo no sé cómo se las arreglan ustedes para *coger* en esa cama tan estrecha...

— ¿Y á usted qué le importa, señor mío?...

¡No es usted poco figón, vaya! Cuide usted de las baldosas, y no se meta donde no le llaman, si no quiere que mi marido le ponga la cara en el cogote. ¡Habrás visto el trápala este!

* * *

¡Tilín!... ¡Tilín!... ¡Tilín!...

— ¿Quién es?

— Servidor de usted... Don Venancio.

— ¿Don Venancio?... Y ¿quién es don Venancio?

— Soy yo, el casero, para servir á usted.

(Ábrese la puerta, y aparece una chula.)

— ¿Qué se le ofrecía al señor don Venancio?

— Pues... pues... venía á presentarle á usted los nuevos porteros y á ver si hay que recorrer las puertas y ventanas...

— ¡Ay qué gracia! Los porteros se los empapela usted, ¿está usted? Y por lo que toca al recorrido, no va á ser flojo el que le dará *él* en cuanto llegue y se entere de lo sinvergüenza que es usted. Y le sacará á usted en *Los Sucesos*. Porque mi pariente escribe en los papeles. ¡Y ya sabemos al olor de lo que viene usted, hombre!... ¡¡Y límpiense usted, que está de huevo!! ¡¡¡Y quítese usted de mi vista, tío pelmazo!!!

(Suena un portazo tremendo.)

Y de este modo
Y de esta manera,

se encuentra usted al casero en el portal, en la escalera, en el tejado y en la sopa. Me explico que proyecten darle una cencerrada algunos vecinos de cierta casa del barrio de Alegría. Lo que es menester que le peguen fuego á la casa (cuando él esté dentro).

MI AMIGO STOR

Aunque me carga la tierra, no por eso deja de aburrirme el mar. Estoy bastante mal con el planeta.

En los primeros días de esa locura que se llama « viaje al otro mundo », todo se me vuelve mirar el cariz del agua; luego me río un poco de los compañeros de viaje; después voy á proa á desacreditar á los de popa y vuelvo á popa á hablar mal de los de proa, y, por fin, entablo con todos ellos las más cordiales relaciones.

En el *Oaxaca* había bastante personal para un palique diario. Pero en el mar son eternos los minutos, y, á los pocos días de tener la casa á flote, se observa que no hay de qué ni con quién hablar.

Estaba yo en proa contemplando el degüello